

Ante el referéndum del próximo domingo

El próximo domingo se celebra el referéndum sobre la Constitución europea. Tres analistas ofrecen aquí su visión sobre ese texto. El profesor Holm-Detlev Köhler pone el acento en la coincidencia en el «no» entre la derecha más extrema

y lo que denomina la «vieja izquierda postcomunista». El doctor Junceda Avello habla de las diferencias entre europeos. El ex diputado Mariano Santiso considera la Constitución como un mínimo punto de partida común.

La izquierda y la Constitución europea

HOLM-DETLEV KÖHLER

El debate sobre el referéndum del 20-F pone de relieve una serie de defectos de nuestro sistema político y de sus principales actores. La verdad es que la propaganda oficial del Gobierno y de los partidos mayoritarios nos hace difícil votar a favor de una supuesta Constitución que no cumple los requisitos básicos. No existe una ciudadanía soberana o una nación política europea que haya encargado a sus representantes elegidos un proyecto constitucional. El texto a votar el 20-F es el resultado de negociaciones intergubernamentales, igual que Maastricht (1992), Ámsterdam (1997) y otros tratados comunitarios. Es un nuevo tratado con avances significativos, aunque insuficientes en varios aspectos, particularmente relevantes para los nuevos países miembros y los países candidatos, pero no es una constitución. Para llegar a una constitución europea queda mucho camino por recorrer todavía.

A pesar de todo hay que votar el «sí», ya que una verdadera unión europea -no el conjunto de estados mal integrados de la UE actual- es el único marco institucional posible, de momento, para frenar la desregulación generalizada de la globalización y garantizar algunos derechos sociales y laborales en toda Europa. Además, es la única posibilidad de crear un actor político internacional con suficiente peso para frenar a los imperialismos de turno y evitar las guerras civiles europeas. ¿Cómo pretendemos reconducir a los Bushs, Putins y Sharons a un orden internacional sin una Europa fuerte y cohesionada? ¿Quién nos va a solucionar los conflictos y los peligros fundamentalistas desde los países postsoviéticos y Turquía hasta Marruecos en el futuro? ¿Queremos que vuelva EE UU como en el Balcan cuando una dividida e inoperativa UE no fue capaz de intervenir? El «no» a la continuidad del proceso de integración europea proviene de una coalición renovada de viejos dogmatismos y nuevos fundamentalismos empleando métodos de un populismo primitivo. Dos ejemplos muy distintos, uno histórico y otro actual, ilustran mis reflexiones y preocupaciones.

El 20 de julio de 1932 cayó el último Gobierno democrático de la República de Weimar, el el Gobierno del estado federado de Prusia en Alemania, forma-

do por una coalición de los partidos socialdemócratas y centristas. Este Gobierno fue sustituido en un acto anticonstitucional por el aristócrata von Papen, miembro de la camarilla que controlaba ya el Gobierno alemán y preparaba la llegada al poder de Hitler. Detrás de este golpe del Gobierno central contra el Gobierno autónomo más importante del Estado alemán estuvo la alianza entre los nacionalsocialistas y los comunistas, que votaron juntos contra el sistema democrático para acabar con «el capitalismo judío internacional» y la «dictadura del capital financiero». Esa coalición no llegó a ningún acuerdo gubernamental, pero sí a un acuerdo de voto común contra el sistema para acabar con los gobiernos que defendieron la constitución democrática.

A la pregunta de por qué los comunistas votaron a favor de la llegada al poder de los nazis, sus líderes respondieron: «Esto es lo que queremos. Una dictadura abierta es mil veces mejor que una dictadura camuflada de una coalición liderada por los socialdemócratas», llamados «socialfascistas» por los comunistas. «Una vez en el poder la derecha, el proletariado unido se va a levantar para establecer la dictadura del proletariado». Los comunistas alemanes siguieron fielmente la doctrina estalinista de 1928 según la cual el enemigo principal no era el fascismo sino la socialdemocracia.

Una verdadera unión europea es el único marco posible frente a la globalización y el imperialismo

En este momento, el precio de la alianza nazi -comunista lo pagó el pueblo alemán, particularmente su parte judía, con la pérdida de las libertades y de la democracia. Sin embargo, la historia de esa alianza siguió y culminó con el pacto entre Hitler y Stalin en agosto de 1939, cuando los dos dictadores se repartieron el territorio de Polonia para el caso de la intervención alemana, una intervención que se produjo una semana después y signifi-

có el comienzo de la segunda guerra mundial. En este caso las víctimas de la alianza nazi-comunista eran todos los europeos y la humanidad entera.

La vieja izquierda comunista se ha convertido en el idiota útil de los nacionalismos de derecha

La idea de una Europa unida nació de esta experiencia y sus avances y retrocesos han de ser juzgados ante el contraste de ella. Que sigue en pie la vieja alianza antieuropea entre los grupos ultraderechistas y (pos)comunistas es uno de los fenómenos más preocupantes de la actualidad.

El segundo ejemplo refleja la posición de la UE frente a la amenaza de una globalización neoliberal. Cuando una multinacional japonesa quiso invertir en un país de los entonces candidatos a la adhesión con el fin de acceder al mercado europeo protegido, pidió al Gobierno cuantiosas ayudas y subvenciones a cambio de generar empleo; y las consiguió. Pero además pidió al Gobierno la declaración del terreno de la planta como «zona de libre comercio», lo que significa la ausencia de leyes laborales y medioambientales y de tarifas arancelarias. La idea era construir una planta de ensamble sin restricciones sindicales, sociales y medioambientales para ensamblar componentes importados de Japón sin costes arancelarios; y el Gobierno también aceptó, movido por el miedo a perder la inversión. En esta situación la norma comunitaria de admitir la libre comercialización en la UE sólo en caso de que más del 50 por ciento del producto provenga del país adherido obligó a la multinacional a fomentar una serie de empresas auxiliares y proveedores en el entorno de su nueva planta. Sin embargo, la empresa aprovechó la concesión de zona de libre comercio para impedir cualquier acceso sindical a la planta. Esta situación sólo empieza a cambiar ahora después de la plena incorporación a la UE, en la cual una directiva obliga a todas las empresas a aceptar la implantación de un órgano de

información y consulta de los trabajadores. Otra directiva obliga a la empresa, además, a aceptar un comité de empresa europeo, ya que tiene más plantas en otros países comunitarios. En suma, en el contexto actual sólo la UE como actor es capaz de imponer reglas y normas a unas empresas multinacionales dispuestas a presionar y chantajear con toda su fuerza a gobiernos y sindicatos nacionales y locales. De momento, los «burócratas europeos» han conseguido mucho más para los trabajadores, ciudadanos y sindicatos afectados que los nacionalistas y movimientos de izquierda y antieuropeos pueden soñar de conseguir. Estos últimos habrían dejado a los trabajadores húngaros sin tejido industrial y sin representación sindical.

La alianza fundamentalista antieuropea entre vieja derecha e izquierda se manifiesta también en una crítica muy común al texto del nuevo tratado que ha reemplazado la fórmula «los pueblos de Europa» por la de «los ciudadanos de Europa», concibiendo los derechos como individuales y no como propiedad de cuerpos ficticios, repressivos e inventados que son los pueblos y las naciones. El ciudadano es el individuo libre e igual, capaz de asociarse en plena libertad y participar activamente en la gestión de todos los asuntos colectivos. El ciudadano/la ciudadana puede ejercer sus derechos independientemente de su etnia, nacionalidad o religión y es la única garantía para superar los fantasmas de la Europa del pasado que son el nacionalismo y el populismo.

Los burócratas europeos han conseguido más por los trabajadores de lo que la izquierda puede soñar

La legitimidad de Izquierda Unida para criticar la UE y pedir «otra Europa» se vaporiza frente al hecho de que jamás se había movilizó para una cesión de soberanía nacional a favor de la UE o para un fortalecimiento de las instituciones democráticas europeas, condición para superar el déficit democrático y social. Todo lo



contrario, IU y sus aliados europeos (algunos como los daneses llevan el «contra UE» hasta en el nombre) emplean los argumentos nacionalistas y populistas de la «autodeterminación» de los pueblos y naciones a pesar de que en la tradición de la izquierda libertaria, «autodeterminación» siempre estaba relacionado con el individuo libre y no con el colectivo inventado, llámese pueblo, clase o nación. De esta forma, IU (igual que los nacionalistas de ERC, Eusko Alkartasuna, Batasuna y BNG) están plena sintonía con los conservadores británicos, los nacionalistas polacos, Le Pen, la Alianza Nacional italiana y todos los demás grupos ultra-nacionalistas y neofascistas en Europa. Su autodenominación como Izquierda Unida/Izquierda Verde significa, además, un engaño intencionado a los votantes, ya que los grupos y partidos verdes de Europa están agrupados en el Grupo de los Verdes, claramente a favor de la Constitución europea, mientras el Grupo Confederado de la Izquierda Unitaria Europea está formado en su gran mayoría por los partidos (pos)comunistas más algunos pequeños grupos izquierdistas, sin ninguna presencia de un partido verde.

El debate alrededor del referéndum del 20-F confirma una vez más que la vieja izquierda comunista ha pervertido a todos los valores clásicos de la izquierda, como son el internacionalismo; la solidaridad y la libre asociación de las personas para convertirse en el «idiota útil» de los populismos y nacionalismos de la derecha. Que avanzar en la construcción política y social de la UE es, de momento, la única opción realista para conseguir un mundo más pacífico y multilateral, más social y menos neoliberal no es ningún argumento capaz de convencer a los fundamentalismos cínicos de la vieja izquierda y derecha, otra vez unidos en la alianza antieuropea, pero sí debería movilizar a todos los ciudadanos europeos para prestar más apoyo y atención al proceso de la unificación europea. Los déficits democrático y social, igual que la falta de cohesión política, tan palpable otra vez más en la guerra de Irak, sólo pueden ser superados a través de un empuje más fuerte para la construcción europea.